

# *Una nacionalización no tan débil: patriotismo local y republicanismo en Castellón (1891-1910)*<sup>1</sup>

Ferran Archilés

Universitat de Valencia

Uno de los rasgos más característicos utilizado por Benedict Anderson para definir la nación como una *comunidad imaginada* se refiere a la imposibilidad de que ninguno de los miembros de la nación conozca a la totalidad de la misma. La fuerza de la *invención* de la nación reside, precisamente, en este hecho, ya que logra construir un imaginario simbólico tan poderoso que convierte en un hecho real lo que está decididamente más allá de la posible experiencia vital de todo individuo. A pesar de que nadie conocerá jamás a la totalidad de sus compatriotas, la identidad nacional es vivida como común, generando una solidaridad que equipara a todos los habitantes de la misma nación.

Podríamos, sin embargo, forzar un poco esta descripción. ¿Qué ocurriría si un individuo pudiese conocer a todos o casi todos los miembros de su nación? La respuesta más inmediata es que tendríamos que estar hablando de una nación muy pequeña. Pero nuestra propuesta alternativa es imaginar que estuviésemos hablando precisamente de un espacio local: de un pueblo o una ciudad. Ciertamente, un pueblo o una ciudad no son una nación, pero a lo que vamos a referirnos en este artículo es a la posibilidad de considerar

---

<sup>1</sup> Agradezco a los profesores Manuel Martí, Jesús Millán, Mari Cruz Romeo e Ismael Saz de la Universitat de Valencia sus comentarios a una versión previa de este texto. El autor participa en el proyecto BHA2002-01073 de la Dirección General de Investigación.

el espacio local como un ámbito privilegiado para la construcción de las identidades nacionales<sup>2</sup>. Porque, a fines del siglo XIX, el espacio simbólico privilegiado de la mayoría de los habitantes venía definido por su pertenencia al espacio local. No se trata de afirmar que el ámbito de comunicación social o la movilidad espacial estuviesen restringidos al espacio local<sup>3</sup>. En realidad, ambos ámbitos estaban más extendidos de lo que las teorías de la modernización aplicadas a la historia de la Restauración hacen suponer. Pero era a partir del ámbito local que la mayoría de los ciudadanos percibían la realidad social que les rodeaba. Era a partir del ámbito local como construían su identidad individual y colectiva, y así sucedía con la identidad nacional<sup>4</sup>.

En realidad, los símbolos e instituciones de la nación sólo tienen poder y validez porque están imbuidos de significado *local*. Como lo ha expresado el antropólogo Anthony Cohen, es la «*experiencia local la que hace de intermediaria de la identidad nacional*»<sup>5</sup>. Nuestro objetivo en este artículo será explorar, precisamente, el paso desde lo local hasta el ámbito nacional. Más concretamente, de qué manera la construcción por parte del republicanismo castellonense de un *patriotismo local* se convirtió en un instrumento privilegiado para la construcción y consolidación de la identidad nacional española.

Esta propuesta hay que enmarcarla en la perspectiva de dos debates íntimamente relacionados, mantenidos por la historiografía espa-

<sup>2</sup> CONFINO, A.: *The Nation as a local Metaphor. Württemberg, Imperial Germany and National Memory, 1871-1918*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1997, y MORTÜN, G.: *Unionist Nationalism: Governing Urban Scotland, 1830-1860*, East Linton, Tuckell Press, 1999.

<sup>3</sup> Bastante de eso se apuntaba en el debate mantenido entre de RRQUER, B.: «Sobre el lugar de los nacionalismos-regionalismos en la historia contemporánea española», y FUSI, J. P.: «Revisionismo crítico e historia nacionalista (a propósito de un artículo de Borja de Riquer)», en *Historia Social*, núm. 7, 1990, pp. 105-126 Y 127-134, respectivamente.

<sup>4</sup> Sobre la importancia del ámbito local en la política del siglo XIX y su relación con el ámbito nacional hace muy sugerentes comentarios BURDIEL, I.: «Morir de éxito: el péndulo liberal y la revolución española del siglo XIX», en *Historia y Política*, núm. 1, 1999, pp. 181-204. Un ejemplo para el caso francés en GURÜNNET, C.: *L'apprentissage de la politique moderne. Les élections municipales sous la monarchie de juillet*, París, L'Harmattan, 1997.

<sup>5</sup> Cfr. CABEN, A. (ed.): *Belonging: Identity and Social Organization in British Rural Cultures*, Manchester, Manchester University Press, 1982, cita de la p. 13. Una discusión de estos planteamientos en BANKS, M.: *Ethnicity: Anthropological Constructions*, Londres, Routledge, 1996, pp. 142-149.

ñola especialmente a lo largo de los años noventa. En primer lugar, frente a la interpretación más ampliamente extendida, creemos que no es posible mantener la hipótesis de la débil nacionalización española a lo largo del siglo XIX, y especialmente en la Restauración<sup>6</sup>. Como intentaré demostrar, el republicanismo castellonense ejerció una eficacísima función *nacionalizadora*) y lo hizo a partir de una intensa movilización política basada, justamente, en el patriotismo local. Pese a la omnipresencia del debate, son muy pocas las investigaciones que se han realizado para saber si esta nacionalización fue tan débil como se supone<sup>7</sup>. El ejemplo de Castellón, con toda probabilidad, no puede ser un ejemplo aislado.

En segundo lugar, resulta igualmente discutible que el predominio del espacio local traduzca automáticamente falta de «modernización» política y social y, por lo tanto, la falta de perspectiva nacional y nacionalizadora como el corolario. El caso castellonense demuestra, por el contrario, que el mantenimiento de un espacio local como ámbito privilegiado de la política era del todo compatible con los mecanismos de una política de masas de corte estrictamente moderno<sup>8</sup>. Además, este intenso grado de movilización y socialización puesto

---

<sup>6</sup> Entre los historiadores más influyentes que han defendido esta interpretación están DE RQUER, B.: *Identitats contemporànies: Catalunya i Espanya*, Vic, Universitat de Girona, 2000, y *Escolta Espanya, la qüestió catalana en la Espanya liberal*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2002; ÁLVAREZ JUNCO, J.: «La nación en duda», en PAN-MONTOJO, J. (coord.): *Más se perdió en Cuba, 1898 y la crisis de fin de siglo*, Madrid, Alianza Editorial, 1998, pp. 405-475, y de nuevo mantenida, aunque supuestamente matizada, en *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001, pp. 533-565. Hemos planteado algunas críticas a esta interpretación en ARCHILÉS, F., y MARTÍ, M.: «Un país tan extraño como cualquier otro: la construcción de la identidad nacional española contemporánea», en ROMEO, M. C., y SAZ, I. (eds.): *El siglo XX. Historiografía e historia*, Valencia, Universitat de Valencia, 2002, pp. 245-278, y desde una perspectiva más teórica en ARCHILÉS, F.: «¿Quién necesita la nación débil? La débil nacionalización española y los historiadores», en las pre-actas del VI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, FORCADELL, C., et al. (coords.): *Usos públicos de la Historia*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2002, pp. 302-322.

<sup>7</sup> Aunque se ha mostrado partidario de la tesis de la débil nacionalización, X. M. Núñez Seixas ha insistido en la necesidad de no dar por cerrado el debate sin una mayor investigación en «Los oasis en el desierto. Perspectivas historiográficas sobre el nacionalismo español», en *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, núm. 26, 1997, pp. 483 y 533.

<sup>8</sup> El republicanismo castellonense mostraría un comportamiento similar al del blasquismo valenciano o el lerrouxismo en la época de la política de masas. No

en marcha por el republicanismo castellonense se construyó y legitimó basándose precisamente en el patriotismo local<sup>9</sup>.

Las interpretaciones más clásicas sobre el nacionalismo y los procesos de construcción nacional han presupuesto, bajo la influencia de las teorías de la modernización, que una precondition necesaria era el incremento de la comunicación social y el debilitamiento de las identidades de rango menor, regionales y locales. Estudios recientes sobre la relación entre estas identidades y las nacionales tienden a desmentir la afirmación previa. De hecho estas investigaciones demuestran que el proceso de construcción de la nación implica la construcción de la región y de las identidades locales, hasta el punto que ésta puede determinar aquélla.

En este sentido, las identidades colectivas es mejor concebirlas, tal y como lo ha expresado X. M. Núñez Seixas, como una suerte de esferas concéntricas, que se solapan unas a otras y complementan. Los nacionalismos con acceso a un Estado, como es el caso del español, habrían contribuido a reafirmar las identidades locales y regionales con tal de asegurarse que la identidad nacional enraizaba de manera profunda entre la población<sup>11</sup>.

---

compartimos, sin embargo, la interpretación que, en su magnífico estudio sobre el lerrouxismo, ofrece José Álvarez Junco. Como resultado de la aplicación de la teoría de la modernización, y pese a analizar con gran exhaustividad todos los mecanismos de movilización y socialización de masas que aquél puso en práctica, concluye, en mi opinión de manera contradictoria, afirmando el arcaísmo de tal movimiento. Véase *El emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*, Madrid, Alianza Editorial, 1990.

<sup>9</sup> La mayor parte de los datos de este trabajo proceden de ARCHILÉS, F.: *Parlar en nom del poble. Cultura política, discurs i mobilització social al republicanisme castellonenc* (1891-1909), Castellón, Ajuntament de Castelló, 2002.

<sup>10</sup> Un balance de esta cuestión que cuenta con una creciente bibliografía en APPLGATE, C.: «A Europe of Regions: Reflections on the Historiography of Sub-National Places in Modern Times», *American Historical Review*, núm. 104-4, 1999, pp. 1157-1182; especialmente interesante resulta el caso francés según muestran CHANET, J. F.: *L'Ecole républicaine et les petites les patries*, París, Aubier, 1996, y THIESSE, A. M.: *Ils apprenaient la France, L'exaltation des régions dans les discours patriotique*, París, Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1999.

<sup>11</sup> Véase NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: «The Region as Essence of the Fatherland: Regionalist Variants of Spanish Nationalism (1840-1936)», *European History Quarterly*, vol. 31 (4), 2001, pp. 483-518. Hemos defendido la importancia de la construcción de la identidad regional como argumento para discutir la tesis de la débil nacionalización en ARCHILÉS, F., y MARTÍ, M.: «Un país tan extraño como cualquier otro...», *op. cit.*

El republicanismo castellonense, con éxitos previos durante el Sexenio democrático y aún en el período de sufragio censitario, obtuvo la hegemonía en la política castellonense a lo largo de todo el período de sufragio universal <sup>12</sup>. A partir sobre todo de 1898, el republicanismo de Castellón se construyó como una renovada cultura política, buena parte de cuyo éxito descansaba en la adopción de mecanismos de intensa movilización y en la creación de una amplia red de sociabilidad propia. La cultura política republicana perfilaba, en definitiva, la creación de una identidad colectiva propia <sup>13</sup>.

En este artículo exploraremos los mecanismos simbólicos más destacados empleados por el republicanismo castellonense en la construcción de la identidad local. El especial énfasis en los mecanismos culturales no responde a una limitación caprichosa del objeto de estudio. Como muestran estudios recientes, en la construcción de los procesos identitarios la cultura ocupa inevitablemente un lugar primordial. Así, por ejemplo, David Waldstreicher, frente a una concepción idealista del nacionalismo o de la identidad nacional, ha planteado la potencialidad que muestra el estudio de las representaciones simbólicas, y en concreto en el ámbito local, de manera que «*In reconsidering nationalism in terms of its practices as well as its ideas (this work) attempts to comprehend the everyday interplay of rhetoric, ritual, and political action that permitted the abstractions of nationalist ideology to make real, effective, practical sense*» <sup>14</sup>.

Es sobre la base del «giro cultural» a que ha sido sometida la historia social en los últimos años, por lo que podemos entender la plena capacidad explicativa de estos planteamientos <sup>15</sup>. Por otra parte, estos nuevos estudios han mostrado que debemos tener presente que las identidades, y por tanto la identidad nacional entre

---

<sup>12</sup> Véase MARTÍ, M.: *L'ajuntament de Castelló de la Plana, 1875-1891* Castellón, Ajuntament de Castelló, 1989.

<sup>13</sup> Sobre el republicanismo concebido como cultura política, DUARTE, A.: *La república del emigrante. La cultura política de los españoles en Argentina (1875-1910)*, Madrid, 1994, especialmente pp. 29-46; SUÁREZ CORTINA, M.: «Entre la barricada y el parlamento: la cultura republicana en la Restauración», en SUÁREZ CORTINA, M. (ed.): *La cultura española de la Restauración*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1999, pp. 499-524.

<sup>14</sup> Cfr. WALDSTREICHER, D.: *In the Midst of Perpetual Fetes. The Making of American Nationalism, 1766-1820*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1997, cita delap.3.

<sup>15</sup> Cfr. BONNELL, V., y HUNT, L. (eds.): *Beyond the Cultural Turn. New Directions in the Study of Society and Culture*, Berkeley, California University Press, 1999.

ellas, deben entenderse como algo siempre en construcción y no como fijas y estables, y que son objeto de disputa. Como ha señalado Stuart Hall, las prácticas culturales no se limitan a «representar» identidades ya configuradas. Éstas, constantemente, son construidas desde dentro de las representaciones y no desde fuera <sup>16</sup>. En nuestra opinión, al analizar la dimensión cultural de las identidades, esta dimensión debe concebirse como inseparable de la política. Como ha insistido G. Eley, es el ámbito de los lenguajes políticos el terreno privilegiado para la disputa ideológica y el dominio contestado, el campo de batalla de definiciones cruzadas de intereses y con ellos de identificaciones y acciones colectivas <sup>17</sup>.

En este sentido, la definición del espacio local, lejos de ser un dato obvio, un hecho dado, era un espacio de lucha. La disputa por la obtención de la hegemonía del imaginario local (por la «representación» de la identidad local) enfrentó a los republicanos con sus adversarios políticos. El Castellón republicano, construido sobre la «tradición inventada» del Castellón liberal, y contra los enemigos de la reacción, era el instrumento privilegiado para alcanzar la hegemonía política y social <sup>18</sup>. Se trataba de mostrar no sólo que en Castellón había más republicanos que «Carla-católicos» o *cossieros*) sino que estas manifestaciones ideológicas eran extrañas al verdadero *ser* de Castellón. Un partido que pretendía hablar «en nombre del pueblo», representarlo, tuvo que crear y recrear continuamente los sujetos sociales que conformaban su identidad política. Se construía así un sentido de «comunidad» que pretendía atravesar y englobar a todos los sectores castellanenses, en un planteamiento que servía de base para el interclasismo que era el nudo de todas las propuestas republicanas. El «pueblo» republicano como sujeto político, fundamento

<sup>16</sup> Cfr. HALL, S.: «Who needs Identity?», en HALL, S., y Du GAY, P. (eds.): *Questions of Cultural Identity*, Londres, Sage, 1996, pp. 1-17.

<sup>17</sup> Cfr. ELEY, G.: «Nations, Publics and Political Cultures: placing Habermas in Ninetenth Century», en CALHOUN, C. (ed.): *Habermas and the Public Sphere*, Massachusetts, MIT Press, 1992, pp. 289-339.

<sup>18</sup> Un estudio excelente sobre valencia en REIG, R.: «La invenció de Valencia», *Ajen*, núm. 31, 1998, pp. 569-585. Los dos estudios indispensables sobre el mito del Castellón liberal son MARTÍ, M.: «L'aparició d'una historia local i el seu rerafons poutic: Castelló de la Plana, 1868-1917», en *La Historia i els joves historiadors catalans*, Barcelona, La Magrana, 1986, pp. 199-204, YMESSEGUER, LL.: «La invenció de Castelló de la Plana», en *Estudis de llengua i literatura catalanes*, XXXIII, Barcelona, PAM, 1996, pp. 171-182.

de la retórica y legitimidad del partido, estaba inseparablemente unido al sentido de patriotismo local, excluyente con respecto a cualquier otra legitimidad, y ambos a su vez se confundían con la identidad nacional española.

### La ficción fundacional: las voces ancestrales

El mito del Castellón liberal, un mito absolutamente imbuido de historicismo, actuaba para los republicanos como su «ficción fundacional», y permitía el establecimiento de una *narración* que ordenaba el eje del pasado-presente<sup>19</sup>. A través del mito originario, los republicanos establecían un puente en el tiempo que vinculaba la resistencia contra los carlistas que habían asediado la ciudad, con el genral Cabrera a la cabeza, en julio de 1837, con el ideario y la praxis política del presente. Así, podían presentarse como legítimos sucesores de la resistencia antiabsolutista. Esta narración, además, se establecía en términos de resistencia *patriótica* lo cual permitía vincular el patriotismo español con el patriotismo local, convirtiéndolos en sinónimos. En el fondo de todo, tal y como lo expresaba el periódico de los republicanos castellonenses, «*ser un republicano es ser un patriota*»<sup>20</sup>.

Así pues, en el corazón mismo de la narración de los orígenes, la popularidad del liberalismo en Castellón se asociaba con la difusión del patriotismo español<sup>21</sup>. En el cambio de siglo, cuando el nacionalismo español esté en plena redefinición, ésta será una base inmejorable para la construcción del proyecto político del republicanismo castellonense, en su doble vertiente localista y españolista.

<sup>19</sup> Cfr. BHABHA, H.: «Introduction: narrating the nation», en BHABHA, H. (ed.): *Nation and Narration*, Londres, Routledge, 1990, pp. 1-7. Desafortunadamente disponemos de pocos estudios en el caso español que aborden la construcción de los mitos del patriotismo local. Un ejemplo remarcable sobre la invención de la tradición del Bilbao liberal es el de JUARISN, J.: *El chimbo expiatorio (La invención de la tradición bilbaina, 1876-1939)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1999.

<sup>20</sup> *El Clamor* de 14 de mayo de 1893.

<sup>21</sup> M. Martí ha hecho notar la importancia de la popularidad del liberalismo en la aceptación del marco de identidad nacional, como eficaz ejemplo de mecanismo no formalizado de nacionalización en España, en «Liberalism, Democracy and Nation-State: A Valencian Perspective (1875-1914)», *Bulletin Of Hispanic Studies*, LXXV-5, 1998, pp. 103-116.

La primera celebración de las fiestas del aniversario de 1837 se acordó por parte del Ayuntamiento en 1864, pero, según parece, esta decisión se había tomado ya en 1839 aunque nunca se había hecho efectiva<sup>22</sup>. La celebración, por lo tanto, no la habían inventado los republicanos, y, de hecho, lo más significativo fue, como veremos, la apropiación que realizaron de lo que en principio era patrimonio común de toda la tradición del liberalismo local.

Pero al hegemonizar y reinventar esta fiesta, la celebración de este mito fundacional se convirtió en un caso local de la «*Fête républicaine*» estudiada por O. Ihl.<sup>23</sup> Conmemorativa por excelencia, la fiesta republicana es una celebración por vocación en que su proyecto cívico gira menos alrededor de una fecha, de una figura, que de un acto colectivo de encuentro, una comunión. Funciona como un modelo de *interdependencia cívica*. Porque, siguiendo el ejemplo francés, el republicanismo español funciona de manera que la ciudadanía no se define sólo en relación a la democracia, sino que requiere una interdependencia horizontal entre los ciudadanos. Por eso, la fiesta republicana tal y como se celebraba en Castellón era un modelo de culto patriótico, y no una simple conmemoración ciudadana o una liturgia cívica<sup>24</sup>.

Los actos conmemorativos alrededor de las jornadas de julio eran, en realidad, las fiestas más importantes de la ciudad, tanto de entre las organizadas por el poder civil como entre las religiosas. Aunque no vamos a ocuparnos de la vertiente estrictamente lúdica, hay que señalar que las fiestas contaban con un nutrido programa de actos. Si en los años ochenta la duración de las fiestas era de tres días, a fines de la primera década del siglo xx era ya de diez. Desde principios de los años noventa se celebraban un certamen musical, una feria, fuegos artificiales y un festival de las escuelas municipales. Conviene resaltar, además, la importancia de las corridas de toros que se organizaban, uno de los actos que se convertiría

---

<sup>22</sup> Libro de Actas del Ayuntamiento de Castellón, sesión del 2 de julio de 1864. Debo el conocimiento de esta información a la amabilidad del investigador Manuel Carceller.

<sup>23</sup> Cfr. IHL, O.: *La Fête Républicaine*, París, Gallimard, 1996.

<sup>24</sup> O. Ihl establece una tipología de las celebraciones republicanas de la Tercera República compuesta por solemnidades religiosas, conmemoraciones ciudadanas, cultos patrióticos y liturgias cívicas. Cfr., *op. cit.*, pp. 75-87.

en central para la popularidad de las fiestas y que atraía a muchos visitantes <sup>25</sup>.

Inmediatamente, pasaremos a ocuparnos de los cuatro elementos simbólicamente más significativos de las jornadas de julio: los certámenes literarios, la cabalgata, la construcción de un obelisco y, sobre todo, la procesión cívica. Pero antes vale la pena ocuparse de la manera como la *ficción fundacional* era fijada en el imaginario colectivo, a través de la prensa. Y es que, en la línea de las celebraciones locales que ha estudiado David Waltricher, hay que destacar que una dimensión no poco importante es la de tratarse de verdaderos acontecimientos *mediáticos*) a causa del importante despliegue informativo que acaparaban.

A través de *El Clamor*) el órgano de prensa de los republicanos castellonenses, disponemos de un instrumento privilegiado para ver el arsenal simbólico desplegado por los republicanos. En portada, y muy a menudo durante los tres días centrales de la celebración, se publicaba una esquila que enmarcaba el artículo principal, ocupando toda la portada. O bien se trataba de una esquila de media página con el siguiente texto: «*El Clamor a los heroicos defensores de Castellón en 7) 8 Y 9 de julio de 1837 ¡¡¡Viva la Libertad!!!*». Este modelo se repitió a lo largo de todo el período que nos ocupa, desde 1891 a 1910. La frase final de la esquila era, además, el *leitmotiv* de todos los escritos que se publicaban, y se repetía en los diversos artículos de opinión. Así, por ejemplo, el del 8 de julio de 1897, y con esta frase como titular, un artículo explicaba en su primer párrafo: «*Instintivamente) como aliento del corazón) viene a la lengua de todo buen castellonense el sacrosanto nombre de ¡Viva la libertad!) emblema preciado de una historia llena de heroísmo y abnegaciones (...)* No y mil veces no. *El intento ruin) la cobarde acechanza) la maquinación en las sombras se estrellará siempre ante los anhelos casi delirantes de un pueblo que) como nuestro Castellón querido) ha sabido en todos los momentos de su preciosa historia dar testimonio*

---

<sup>25</sup> Véase DÍAZ MANTECA, E., y IGLESIAS DÍAZ, J. M.: *Fiestas de toros en Castellón*, Castellón, Diputación Provincial, 1991, pp. 91-93. De todas formas, y aunque no vamos a ocuparnos de ello aquí, hay una vertiente simbólica asociada a las corridas de toros que desborda su carácter estrictamente comercial. Para el vínculo entre la fiesta de los toros y el nacionalismo español, véanse las indicaciones de SHUBERT, A.: *Death and Money in the Afternoon. A History of the Spanish Bullfight*, Oxford, Oxford University Press, 1999, pp. 288 y ss.

*aleccionador de su amor á la independenciam y á la libertad} vertiendo generoso su sangre en los altares de la dignidad y la honra».*

Además de la publicación de la esquila y de los artículos de fondo, algunos años se publicaban también ciertas piezas literarias, poemas alegóricos a los hechos de 1837. Se trataba de obras escritas por letraheridos locales, naturalmente de escasísimo valor, que, como aquellos versos de José Fola, comenzaban con un inefable «¡Oh! Castellón! ¡Oh! Patria esclarecida.»

Un elemento central, especialmente en los primeros años noventa, fue la publicación de una extensa narración histórica sobre los acontecimientos de 1837. A ella se añadía, como documento y testimonio, el bando del alcalde Vera en aquellas jornadas llamando a la defensa de la ciudad frente al asedio. Esta narración histórica reproducía de manera absolutamente fiel el modelo establecido por los historiadores progresistas y republicanos locales, de las generaciones isabelina y restauracionista<sup>26</sup>. Como veremos, la importancia de esta fundamentación historicista de la narración mítica es difícil de exagerar. Y lo más importante es destacar cómo se producía una convergencia precisa entre la construcción de la historia local (caracterizada por los historiadores locales como la continuidad de la lucha por la libertad desde la Edad Media a las luchas liberales del XIX, con una huella claramente romántica en sus concepciones) con los mitos y características de la historia de España que la nueva historiografía nacionalista del siglo XIX estaba construyendo. De esta manera la historia local servía como fundamento de la historia de la nación en construcción: de España.

Así es como, por lo tanto, la prensa republicana fijaba un canon interpretativo y trataba de apropiarse del arsenal simbólico del mito del Castellón liberal, en un esfuerzo mucho mayor que ninguna de las demás fuerzas políticas locales<sup>27</sup>. Un repertorio simbólico, sin

<sup>26</sup> Cfr. MARTÍ, M.: «L'aparició d'una...», *op. cit.*

<sup>27</sup> Además de en la prensa, puede verse la pervivencia de este mito en los libros escritos por algunos de los intelectuales del partido. Por ejemplo, LLINÁS, C.: *Castellón en otors siglos*, Castellón, 1915, pp. 167-176; GIMENO, V.: *Del Castellón Viejo*, Castellón, 1929, pp. 65 Y ss. Además, en 1894 *El Clamor* publicó en forma de folletín una obrita titulada *Amor Patrio*, que era un drama en que unos liberales se enfrentaban a unos absolutistas de caverna y que en realidad era una literaturización de las jornadas de julio. En la escena final aparecían unos patriotas agrupados alrededor de una bandera y en actitud de jurar, que obligaban a los militares reaccionarios a arrodillarse y jurar, mientras sonaba un himno patriótico y caía el telón. El texto

embargo, es *per se* objeto de redefinición y disputa, así que el mito del Castellón liberal contó también con otras fuerzas políticas dispuestas a ocupar un lugar al sol, conscientes de la importancia de lo que estaba en juego. Sobre todo, y como no podía ser de otra manera, entre las filas del liberalismo. Destaca, en este sentido, el papel de la vertiente canalejista del liberalismo local, encabezada por José Castelló Tárrega, que a partir de 1905 presidiría, durante varios años, la comisión municipal de las fiestas. Ello fue posible, sin embargo, porque, tras unos enfrentamientos con los republicanos, llegó a principio de siglo a un entendimiento con éstos, convirtiéndose en la práctica en una fuerza satélite del republicanismo local. Sus esfuerzos, por lo tanto, especialmente los relativos al ámbito de las celebraciones de julio, acabaron por converger con los republicanos<sup>28</sup>.

En cambio, los esfuerzos por parte del resto del liberalismo local, y aunque el canelijismo era minoritario, fueron mucho menores. A menudo ni siquiera cubrían la información de los actos. Al abandonar este espacio simbólico, indudablemente, dejaron que Castelló Tárrega, pero, sobre todo, los republicanos, desde luego mucho mejor situados que nadie, se lo apropiaran. Ésta fue, sin duda, una de las razones del hundimiento del liberalismo dinástico local que acabó, en 1909, por tener que entrar igualmente en la órbita del republicanismo, pero no en muy buenas condiciones.

La prensa conservadora, por su parte, dedicó una atención mucho menor a las fiestas. A pesar de que el *Cossi* tenía un pasado indudable de lucha contra el carlismo abandonaron este campo simbólico en manos de los republicanos. Normalmente se dedicaban a informar de los actos pero sin cargar las fiestas de ningún significado específico, ya que lógicamente no les reportaba ningún beneficio. No obstante, en 1900 un texto nos muestra cómo valoraban el significado de las fiestas: *«Heroísmos ciertos) sangre abundosa en defensa de la libertad) ilustres patricios que sin regateos sabían morir bendiciendo a la bandera) henchido el pecho de gloria pregonando su amor á los derechos del hombre*

---

se publicó a lo largo de febrero de 1894, y el cuadro final apareció el día 22, y estaba dedicado al jefe histórico del republicanismo local. No tengo constancia de que llegara a representarse, aunque no parecía ése, desde luego, su objetivo.

<sup>28</sup> En *El Liberal* de 5 de julio de 1894 se publicó en portada una esquila bajo un cuádruple titular *«Viva la libertad/7, 8 y 9 de julio de 1837/1oor a los héroes de la libertad/Castellón a sus antepasados»*, que enmarcaba un retrato del mismísimo José Canalejas, mantenedor ese año de los Juegos Florales organizados por el diario.

y que necesitan hoy imitadores para que nuestra pobre España despierte de su letargo y agonía». Se puede apreciar cómo el contenido liberal queda reconducido hacia el patriotismo y el regeneracionismo que las nuevas formulaciones del nacionalismo español adoptaron a partir de 1898. ¿Podía ser ésta una lectura alternativa a la codificación republicana? Difícilmente, puesto que ese mismo tono regeneracionista y nacionalista era un arsenal que también los republicanos supieron hegemonizar como nadie en la capital de la Plana a partir de 1898 y después <sup>29</sup>.

La interpretación republicana, como vemos a través de la prensa, acabó siendo hegemónica, pero no era la única. A partir de principios de siglo, sin embargo, cuando resultó evidente que los republicanos habían logrado reconducir el mito del Castellón liberal hacia la construcción del Castellón republicano, la lucha política alrededor de las fiestas no desapareció. Pero entonces lo que, como veremos, se fue evidenciando fue un rechazo estricto y la construcción de una alternativa propia.

En la fijación del modelo republicano de las jornadas de julio habíamos destacado cuatro elementos. El primero de ellos fue la convocatoria de unos certámenes literarios que premiaban creaciones, básicamente poéticas, sobre temática relativa a las jornadas de julio. Pero no sólo se trataba de un concurso literario, sino que se premiaban también composiciones históricas, investigaciones sobre algunos aspectos de aquellos jornadas o de sus consecuencias. Se celebraron dos de estos certámenes, en 1892 y en 1893, y unos juegos florales en 1894. No vamos a ocuparnos en profundidad de analizar estas composiciones, pero sí vale la pena destacar algunos aspectos <sup>30</sup>.

<sup>29</sup> De todo el período que estudiamos, el único año en que las fiestas de julio se suspendieron fue precisamente el de 1898 ante los acontecimientos de ese mismo verano. Además, el dinero que iba a destinarse a las fiestas se decidió que iría a parar a manos de víctimas de la guerra y sus familias. El papel de los republicanos en las agitaciones de ese año ligadas a la guerra, incluyendo mítines masivos y manifestaciones populares, fue clave y llegaron a hegemonizar el estallido nacionalista que le iba asociado. A su vez, ello incrementó la fortaleza electoral y la extensión social del republicanismo, como evidenciarían las elecciones siguientes (*Heraldo de Castellón* de 27 de abril de 1898 y fechas siguientes).

<sup>30</sup> Las celebraciones de 1892 han sido analizadas extensamente por MESEGUER, LL.: «La invención de Castelló de la Plana...», *op. cit.* Este certamen fue contestado por los sectores católicos en ese mismo año de 1892 cuando el diario *La Verdad* organizó un «Certamen literario antiliberal». Cfr. AA. WW.: *Festa. Historia de les festes de Castelló*, Castellón, Levante-EMV, 1994, p. 370.

Uno de los premios literarios más importantes de 1892 se lo llevó el poeta Constantí Llombart, uno de los autores más destacados de la *Renaixença* literaria valenciana. El poema se titulaba «*Patriotisme y Llibertat*» y era una descripción de lo sucedido en julio de 1837 Y una loa al carácter liberal de los castellonenses. El poema era absolutamente «de encargo» (y basado en la lectura de los historiadores locales que proporcionaron el material para el poema), y es que Llombart era, además de un ferviente valencianista, un republicano federal, así que era una figura inmejorable para realzar el certamen. Hay que destacar que, aunque el texto estaba escrito en catalán, el contenido del mismo respondía tanto a los mitos del valencianismo más romántico como a los del nacionalismo español de raíz liberal, ya que eran los mismos una muestra exacta de «doble patriotismo»<sup>31</sup>.

De entre los diez premios restantes, la presencia republicana fue notable con dos premios ganados por los republicanos Fernando Gasset, futuro líder del partido, y Agustín Betoret, jefe de las juventudes republicanas. Hay que destacar, además, que en casi todos estos textos (y en el de Gasset por ejemplo muy claramente) la exaltación local se hacía muy explícitamente en clave del carácter patriótico de la lucha contra los carlistas. El certamen, por lo tanto, trasladaba al plano de la creación histórica y literaria la fundamentación del patriotismo liberal español ochocentista<sup>32</sup>. De hecho la presencia de los mitos de la historiografía nacionalista era una constante en la visión de los republicanos castellonenses<sup>33</sup>. Entre otras cosas por-

<sup>31</sup> Véase ARCHILÉS, F., y MARTÍ, M.: «5satisfaccions gens innocents. Una reconsideració de la *Renaixença Valenciana*», *Ajers*, núm. 38, 2001, pp. 157-178.

<sup>32</sup> Los textos premiados se publicaron en el volumen 1837 y 1892. *Trabajos premiados en el certámen literario de 1892 celebrado en Castellón el 7 de julio de 1892*, Castellón, 1893.

<sup>33</sup> La difusión de la historia de España era una de las constantes del republicanismo castellonense. Además del ejemplo concreto que analizamos, hay que destacar que en diversas ocasiones, cuando los republicanos organizaban algún tipo de cursos o clases en sus locales para quien no disponía de medios económicos u horarios adecuados, la historia de España formaba parte de los programas (véanse los ejemplos expuestos en el *Heraldo de Castellón* de 5 de enero de 1906 y 3 de enero de 1908, y *El Clamor* de 8 de enero de 1910). Tal vez una investigación más detallada demostraría que el conocimiento de la historia de España y la difusión de sus mitos era mucho más extensa de lo que estudios muy formalizados han argumentado, como ocurre con el de BoYD, C.: *Historia Patria. Politics, History and National Identity in Spain, 1875-1931*, Princeton, Princeton University Press, 1997. Paradójicamente este libro, tras mostrar la amplitud de textos y programas existentes,

que, como apuntábamos antes, los historiadores locales, la mayoría republicanos, habían incorporado plenamente este repertorio. Desde el mito de la «*saguntina sang*» a que aludió Constantí Llombart en su poema, hasta la Guerra de la Independencia, todo formaba parte de la ininterrumpida tradición, de la *narración* de la lucha por la libertad como característica esencial de los castellonenses y que culminaba en las guerras anticarlistas<sup>34</sup>. La síntesis entre la esencia de la tradición local y la construcción de la identidad española era, pues, perfecta en el proyecto republicano<sup>35</sup>.

---

concluye que, al no haber un modelo único, esta pluralidad es prueba del fracaso de la nacionalización. En nuestra opinión, sin embargo, lo más destacable es precisamente esa proliferación de obras sobre la historia de España a lo largo de todo el período estudiado y por todo el ámbito estatal.

<sup>34</sup> Conviene insistir en que en esta *narración* coincidían todos los republicanos, fuesen de la tendencia que fuesen. También los adscritos al sector valencianista compartían este esquema, aunque sus planteamientos políticos no compartieran el mismo proyecto de articulación territorial. Véase el editorial titulado «7, 8 y 9 de joliod de 1837» en *Artes y Letras. Revista de Castellón*, año V (segunda época), núm. 9, de 15 de julio de 1915, que era la más importante publicación donde colaboraban los núcleos valencianistas locales.

<sup>35</sup> Aunque no podemos ocuparnos extensamente hay que apuntar que un elemento tan importante como es el de la rotulación de las calles confirma plenamente este punto. Desde el momento en que los republicanos acceden mayoritariamente a ocupar el Ayuntamiento, y hasta la dictadura de Primo de Rivera, la evolución en la selección de los nombres de las calles sigue tres líneas principales. En primer lugar, la desaparición de los nombres tradicionales en el marco del proceso de transformación y modernización de la ciudad. En segundo lugar, la sustitución paulatina de los nombres de calles de inspiración religiosa. En tercer lugar, la sustitución por nombres de la cultura política del republicanismo, y especialmente con nombres procedentes del nacionalismo español. Esta tendencia, además, se empezó a producir a partir de 1898 y no hizo sino incrementarse progresivamente. El número de calles dedicadas a políticos republicanos era de doce, y además algunas calles estaban dedicadas a nombres como Costa, Ramón y Cajal, Jovellanos o Monturiol, que formaban parte del santoral del nuevo republicanismo, pero no era el contingente más numeroso. Éste correspondía precisamente a los nombres vinculados al nacionalismo español. Así, además de tres calles dedicadas específicamente a los acontecimientos de julio de 1837, existían las plazas de Agustina de Aragón y de la Independencia (además de dos calles relativas a acontecimientos locales vinculados a la misma guerra), Pelayo, Colón, Isabel la Católica, Lepanto, Churruca y Tetuán, plaza de España, de la Libertad y Lealtad (españolas), además de Cervantes y Lope de Vega. Información extraída de LLINÁS, E., y VILAPLANA, J.: *Castellón y su provincia. Noticias históricas, geográficas y estadísticas*, Castellón, 1896, pp. 27-30; *Anuario-Guía Mercantil*

La misma tónica caracterizó también el certamen de 1893<sup>36</sup>. Se evidencia, pues, cómo en los primeros años de la década de los noventa se desarrolló un notable esfuerzo para completar, con estudios y creaciones literarias, la fijación definitiva del mito del Castellón liberal. Desde luego este esfuerzo debe interpretarse en el contexto del nuevo marco político abierto con la implantación del sufragio universal y que permitió a los republicanos locales construir y consolidar su hegemonía electoral mientras extendían sus apoyos sociales en una sólida coalición interclasista que contaba con la confianza de la mayoría de los sectores populares de la ciudad.

El segundo de los elementos simbólicos más destacado fue el Obelisco. Esta construcción pasó a convertirse en el «lugar de la memoria» por excelencia de la simbología mítica del republicanismo castellanense<sup>37</sup>. Así, la Procesión Cívica se dirigía a este monumento todos los años, donde se depositaban diversas coronas de flores.

El origen se sitúa en un túmulo que a principios de los años ochenta se había alzado en el Parque Ribalta de la ciudad. En mayo de 1892 Castelló Tárrega lanzó la propuesta de construir un obelisco, a la cual se sumaron de inmediato los republicanos, y el mismo Castelló sería el presidente de la Junta erectora<sup>38</sup>.

¿Qué significado tenía este obelisco? Sería del todo ingenuo suponer que se trataba de un mero monumento local. Además no tenía una carga iconográfica remarcable, ya que no contaba con ningún elemento figurativo, simplemente una lápida con una inscripción. Su carácter mítico se concentraba, en realidad, en ser un auténtico *altar de la patria*) una auténtica *ara* votiva donde la sangre<sup>39</sup> reclamada por las voces ancestrales era homenajead<sup>40</sup>.

---

*e Industrial. Castellón de la Plana*) Valencia, 1910, pp. 21-25, YGRMENO MCHAVILA, V.: *Las calles de Castellón*, Castellón, 1930.

<sup>36</sup> La referencia más amplia a estos premios la dio *El Liberal* de 6 de julio de 1893. Desafortunadamente, no hemos podido encontrar estos textos en nuestra investigación.

<sup>37</sup> NORA, P. (ed.): *Les lieux de Mémoire*, 3 vols., París, Gallimard, 1997.

<sup>38</sup> *El Clamor* de 12 de mayo de 1892 y *El Liberal* de 18 de octubre de 1892.

<sup>39</sup> Las llamadas al sacrificio y el derramamiento de sangre eran muy habituales en la retórica del republicanismo castellanense (y no sólo castellanense). Entre muchos ejemplos posibles: «*La República sólo pede ser restaurada por un acto de fuerza y por ello cuantos hemos puesto en ella nuestra esperanza debemos de estar siempre dispuestos al sacrificio en aras de la patria*» (*El Clamor* de 11 de julio de 1895).

<sup>40</sup> Excelentes estudios para el caso italiano sobre el significado de los monu-

Resulta muy revelador del significado nacionalista que tenía este obelisco el hecho de que el primer acto que se celebró para la recaudación de fondos para su construcción fuera un homenaje a Cristóbal Colón, en octubre del mismo 1892<sup>41</sup>. El acto, obviamente, tenía lugar en el marco de la celebración del cuarto centenario de la Conquista de América. Y vale la pena remarcar en este punto que la celebración de este cuarto centenario tuvo una amplia acogida en Castellón y especialmente entre los republicanos. El día 12 tuvieron lugar diversos actos, entre los que destacó una concentración, según la prensa, de casi doce mil personas en la calle Colón de la capital donde se inauguraba una placa conmemorativa<sup>42</sup>. Además tuvieron lugar diversos conciertos (uno de ellos en la plaza donde iba a emplazarse el futuro obelisco) que culminaban al grito entusiasta de «¡Viva Cristóbal Colón! ¡Viva España! ¡Viva Castellón.!»». Cuál fuera la aportación exacta de Castellón en tales gestas para merecer estar en esta tríada puede resultar sorprendente, pero eso es precisamente lo que no era para los promotores de la celebración.

En las páginas de *El Clamor* aparecieron diversos artículos, a cual más encendido, de entre los que destacaremos estos párrafos: «Hace 400 años España clavó en tierra de América su noble bandera) que representaba entonces el espíritu progresivo de la humanidad. Con tal motivo) deber es de todos sus hijos) dedicar un recuerdo de gratitud entusiasta a aquella obra gigantesca de una raza de titanes que) después de realizar la unidad española y dictar leyes á Europa y á Africa) no

---

mentas a la patria son los de TaBIA, B.: *Una patria per gli italiani. Spazi, itinerari, monumenti nell' Italia unita (1870-1900)*, Roma-Bari, Laterza, 1991; PORCIANI, I.: *La leste della nazione*, Bolonia, Il Mulino, 1997; para el caso alemán, y con una muy interesante reflexión teórica, KOSHAR, R.: *From monuments to traces. Artifacts Of German Memory, 1870-1900*, Berkeley, University of California Press, 2000. Para el caso español, y contra la imagen más extendida de falta de actividad monumental vinculada a los mitos del nacionalismo español, véase el excelente trabajo de PEIRÓ, I.: «El tiempo de las esculturas: la construcción de la "cultura del recuerdo" española durante la Restauración», en LACARRA, M. E., y GARCÍA GUATAS, M. (eds.): *Historia y política a través de la escultura pública, 1820-1920*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico (en prensa, agradezco al autor su consulta).

<sup>41</sup> *El Liberal* de 15 y 18 de octubre de 1892.

<sup>42</sup> Es posible que la cifra de asistentes a este acto esté exagerada. En 1900 la capital contaba con un total de 30.555 habitantes (según el *Censo de la Población de España para 1900*, pp. 134-135), así que una asistencia tan masiva parece un tanto incierta, pero no debe estar lejos de la percepción del acto como extremadamente masivo y muy popular.

*bastando la tierra conocida por sus energías y actividades descubría y conquistaba un nuevo mundo donde pudiera desenvolverse holgadamente su genio incomparable»* 43.

En este preciso contexto, a finales del mes de octubre, las páginas de *El Clamor* fueron de nuevo el lugar de una explosión de nacionalismo español. En esta ocasión se producía una desproporcionada reacción ante la noticia de que 18 Ayuntamientos del Valle de Arán, habiendo perdido la cosecha de trigo, solicitaban la eliminación de aduanas con Francia, con el fin de poder conseguirlo para la subsistencia. Los republicanos castellanenses veían ya ahí, ni más ni menos, que el inicio cierto del desmembramiento de la patria, ya que no les cabía ninguna duda de que este relajamiento de las fronteras implicaría la absorción de este territorio por parte del Estado francés 44.

Hemos desarrollado este pequeño *excursus* con el fin de hacer visible cuál es el nacionalismo español del que estamos hablando entre los republicanos, y de como éste se desarrollaba en paralelo a la construcción del mito del Castellón liberal. Y es que no se trata tan sólo de que el Obelisco pudiese verse mezclado con las celebraciones del cuarto centenario, sino que diversos elementos de la celebración de las fiestas locales estaban estrechamente vinculados a expresiones inconfundibles de nacionalismo español.

Una de las más destacadas era que uno de los puntos del programa de fiestas consistía en izar la bandera nacional, la bicolor se entiende, y no la tricolor republicana 45. Más aún, en 1899 y 1902, y en lo que debía ser una práctica extendida ya desde años antes, el Ayuntamiento instaba a corporaciones y particulares a que colgaran la bandera nacional de los balcones 46. Por otra parte, uno de los actos

---

43 Informaciones de *El Liberal* y *El Clamor* (de donde procede la cita) de 13 de octubre de 1892.

44 *El Clamor* de 30 de octubre de 1892.

45 Ya fue así en 1886, según aparece en el programa de fiestas editado ese año por el Ayuntamiento, y se mantuvo en los años posteriores de los que disponemos información, como en 1892 (según aparece en programa oficial de las fiestas) y en 1893, según la reseña aparecida en *El Liberal* de 30 de junio de 1893.

46 Para 1899 se conserva un texto manuscrito, que indica las instrucciones que daba el Ayuntamiento en este sentido (carpeta de antecedentes de las fiestas de julio de 1899, caja 499 del Archivo Municipal de Castellón); *Heraldo de Castellón* de 2 de julio de 1902. Al margen de las fiestas de julio, en el contexto de la guerra de Marruecos, en 1894, los republicanos se referían a la bandera en estos inequívocos

más populares y que se celebraba desde principio de los años noventa, como era el Festival Escolar, tuvo en 1908 como acto central un encuentro conjunto en que todos los niños y niñas de las escuelas municipales cantarían un «Himno a la bandera española» compuesto por un inspector de escuelas y musicado por la banda del regimiento de Ottumba, que era el establecido en Castellón<sup>47</sup>. Un acto bien local, por lo tanto, para celebrar la bandera.

Podríamos añadir algunas otras manifestaciones de nacionalismo español asociadas, por ejemplo las relativas a la música. En 1902, en el marco del certamen musical, tuvo lugar la actuación de los célebres Coros de Clavé, una de las instituciones, como es sabido, más vinculadas al republicanismo catalán. En su intervención (además de diversos himnos republicanos y, por supuesto, *La Marsellesa*) interpretaron la cantata «Gloria a España»<sup>48</sup>. Por otra parte, era muy frecuente que en el transcurso de la procesión cívica, proliferasen los gritos entusiastas de «¡Viva España!» mientras sonaban himnos liberales y patrioteros entre los que destaca la marcha de la zarzuela *Cádiz*<sup>49</sup>.

Por último, tenemos noticia de que en 1908 se celebró una «Fiesta de las regiones», consistente en un concurso de bailes que representaba la pluralidad regional de España. Resulta bastante curiosa la inclusión de este acto en una fiesta estrictamente local, pero ello muestra hasta qué punto se concebía el vínculo de lo local con el ámbito nacional<sup>50</sup>.

---

términos: «(refiriéndose a ciertas derrotas en Melilla) *en que el orgullo nacional y el patrio decoro se vieron humillados y escarnecidos por un puñado de salvajes, por una horda de cafres, y la sagrada enseña nacional, siempre triunfadora y gloriosa, ondeó por primera vez abatida ó insultada...*» (*El Clamor* de 10 de junio de 1894). Sobre los republicanos y la cuestión de la bandera nacional, hay que ver SERRANO, C.: *El Nacimiento de Carmen*, Madrid, Taurus, 1999, pp. 98 y ss., donde se indica cómo los republicanos de la Restauración oscilaban entre, por una parte, su hostilidad al régimen monárquico y, por tanto, sus símbolos, y por otra, su nacionalismo y la voluntad de encarnar el verdadero patriotismo que los inclinaba a mostrarse como los intratables defensores de todos los símbolos nacionales. Éste era, desde luego, el caso de los republicanos castellonenses.

<sup>47</sup> *La Provincia* de 3 de julio de 1908.

<sup>48</sup> *Heraldo de Castellón* de 10 de julio de 1902.

<sup>49</sup> Sobre el significado de esta pieza en el nacionalismo español, SERRANO, C.: *op. cit.*, pp. 131 y ss.

<sup>50</sup> *Heraldo de Castellón* de 9 de junio de 1908.

En definitiva, podemos afirmar que el Obelisco se convertía en el símbolo por excelencia del patriotismo español a través del sacrificio que los castellonenses habían sabido realizar. Por ello, cuando empezó de manera efectiva su construcción, en 1895 desde *El Clamor* no pudo expresarse con mayor claridad su significado: «*Así como se levanta severa y magestuosa la estatua de don Jaime} símbolo de nuestras antiguas glorias} contribuyamos á que se alce orgulloso y altivo el Obelisco resumen de nuestras glorias modernas*»<sup>51</sup>. Ante el pasado, representado por la figura del rey Jaume I (fundador de Castellón y del Reino de Valencia), se alzaba ahora el presente y el futuro. Si bien esta figura podía haber resultado problemática al remitir a un pasado autónomo, a la época foral, o al período de predominio de la lengua catalana, sin embargo todo ello resultaba ahora subsumido en el nuevo sentimiento de nacionalismo español. Y precisamente a través de un mito local. Era una especie de relevo que permitía, sin embargo, trazar unas continuidades en el eje histórico del liberalismo castellonense. De las libertades medievales enfatizadas por la visión romántica del rey Jaume I se pasaba a las jornadas de julio, que continuaban la lucha de los castellonenses contra el absolutismo y las tiranías, asegurándose así un plus de legitimidad. Esta narración histórica, con el eje de la libertad a través del tiempo, era lógicamente la misma que los textos premiados en los certámenes literarios habían destacado, y era la que la historiografía local había construido desde los años sesenta<sup>52</sup>.

Por último, nos queda hablar de dos de los elementos más característicos de las celebraciones de las fiestas de julio: la Cabalgata y la Procesión Cívica. El primero de ellos empezó a celebrarse a partir de 1897 y consistía en uno de los actos más multitudinarios y vistosos. Ambos se celebraban por las calles más céntricas de la ciudad, y si bien la cabalgata tenía un carácter más abiertamente festivo, en la práctica tampoco estaba exento de carga política. Esta cabalgata actuaba a manera de pregón anunciador de las fiestas. Participaban en ella grupas y carrozas que podían representar los

---

<sup>51</sup> *El Clamor* de 21 de noviembre de 1895. El Obelisco fue inaugurado en 1898, pero no fue concluido hasta unos años más tarde (según el libro de actas municipales, el 25 de enero de 1899 se aprobaban aún dotaciones económicas a cuatro años vista de su finalización). Fue destruido deliberadamente en 1938 con la entrada de las tropas franquistas en la ciudad.

<sup>52</sup> Cfr. VrcIANO, P.: *La Temptió de la Memoria* Valencia, Eliseu Climent, 1997.

diferentes actos organizados o a alguna de las agrupaciones participantes. Una constante era la presencia de numerosas bandas de música que contribuían a destacar el tono festivo<sup>53</sup>. Una descripción literaria de esta cabalgata la dejó el escritor local Ricardo Carreras en la novela *Doña Abulia* publicada en 1904, que empieza justamente con la ciudad inmersa plenamente en las fiestas de julio: «... aturden los aplausos} los gritos y la algarabía del rodar de carrozas y del tañer de tantas músicas entonando a la vez distintas marchas y liberales himnos»<sup>54</sup>. Y es que, efectivamente, lo más habitual era que fueran sonando desde la Marsellesa hasta la marcha de Cádiz. El carácter festivo y teatral del acto se prestaba, por tanto, a que la politización adoptara un tono muy vívido. En 1910, en la carroza de los jóvenes de centro radical se representaba el sitio de julio de 1837 con unos jóvenes disfrazados de carlistas y quemando rastrojos de cáñamo, como ejemplo de la destrucción causada. Los integristas del diario *La Cruz* irónicos, desmentían a sus oponentes, indicando que en esas fechas de julio aún no se había segado el cáñamo..., así que la verosimilitud de la escena era imposible<sup>55</sup>. Y es que, aunque desafortunadamente no disponemos de muchos ejemplos que permitan reconstruir la iconografía del acto (de las carrozas, los participantes), por lo que sabemos la amplia simbología desplegada era una de sus características. No faltó, en alguna ocasión, alguna modesta *Marianne* local en su carroza.

Pero, sin duda, el acto más importante de las celebraciones era la Procesión Cívica que se celebraba en uno de los días centrales<sup>56</sup>. Consistía en un recorrido por las principales calles de la ciudad que, a partir de 1898, conducía hasta el Obelisco, para acabar en la plaza del Ayuntamiento, desde el balcón principal del cual tenían lugar diversos parlamentos.

---

<sup>53</sup> Las descripciones más extensas de este acto, que evolucionó relativamente poco, en *El Clamor* de 3 de julio de 1897 y *Heraldo de Castellón* de 3 de julio de 1902 y 8 de julio de 1910.

<sup>54</sup> Cfr. CARRERAS, R: *Doña Abulia*, Barcelona, L'Àvenç, 1904 (ed. facsimil, Castellón, Ajuntament de Castelló, 1995, cita de la p. 47). El autor había sido presidente de la comisión de fiestas del Ayuntamiento en años anteriores.

<sup>55</sup> *La Cruz* de 9 de julio de 1910.

<sup>56</sup> Las fuentes consultadas, al margen de las que se citan explícitamente, son *El Clamor* de 1891 a 1897 y de 1908 a 1910, *Heraldo de Castellón* de 1897 a 1910, *El Liberal* de 1893 a 1894, *Diario de Castellón* de 1895 a 1901, *El Regional* de 1900 a 1902, *La Provincia* de 1907 a 1910 y *La Cruz* de 1910.

El acto no lo organizaban los republicanos, sino que era el consistorio el que se encargaba. Por eso la presidencia del acto podía contar con el gobernador civil y el presidente de la Diputación, además del alcalde, si es que querían asistir. Pero, además del hecho de que la mayoría de la corporación siempre la tenían los concejales republicanos, resulta bien elocuente que, como en 1899, el acto comenzara directamente bajo los acordes del Himno de Riego<sup>57</sup>. No se podía, ni se buscaba, ocultar el marcado carácter republicano de la manifestación<sup>58</sup>. No era sólo, como venimos apuntando, que a lo largo de su transcurso sonaran continuamente el Himno de Riego o La Marsellesa, sino que la representación de las sociedades participantes en el acto evidencia de forma clara la naturaleza política del mismo.

En realidad, la participación en la procesión podía ser a título individual, como lo hacían miles de castellonenses (aunque no es fácil precisar exactamente las cifras, el acto siempre era notablemente masivo), pero había una muy nutrida representación de asociaciones y colectivos que desfilaban según un orden establecido por el Ayuntamiento<sup>59</sup>. Precediendo a la corporación municipal, que habitualmente cerraba la procesión, desfilaban las sociedades bajo sus estandartes acompañados de una banda de música o alguna carroza alegórica. Naturalmente participaban todas las agrupaciones republicanas y afines, entre las que se encontraban tanto las sociedades obreras como el Círculo Mercantil, en una muestra clara del muy amplio interclasismo del republicanismo castellonense<sup>60</sup>. No es que no participaran otras sociedades independientes del control repu-

---

<sup>57</sup> *Heraldo* de 7 de julio de 1899; programas oficiales de fiestas de 1886, 1892, 1894, 1899 Y 1901, Y diversos textos manuscritos (cajas 449 y 659 del Arxiu Municipal de Castelló).

<sup>58</sup> Una canción popular describía esta procesión en términos marcadamente anticlericales: «*Si veniu a Castelló,/ciudadanos valencians/voreu una processó/sense banderes ni sants*». Cfr. RBES SANGÜESA, F.: *Cantares populares de la provincia de Castellón*, Castellón, 1903, p. 78.

<sup>59</sup> Se conserva un texto manuscrito para la procesión de 1897 con el orden establecido (caja 449 del Arxiu Municipal de Castelló). El alcalde enviaba formalmente invitaciones a algunas sociedades y corporaciones para que participaran.

<sup>60</sup> Un testimonio del 1885 recordaba a «*un tipo callejero que iba en la procesión cívica junto a la bandera de un círculo republicano y lanzaba los gritos que le indicaban los socios que iban a su inmediación*», en aquella ocasión una copla vernácula *anticossiera*. Cfr. COTRINA, J.: «Castellón en 1855», en *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, cuaderno V, 1948, pp. 265-274, cita de la p. 271.

blicano, lo que pasa es que la mayoría de las existentes en la ciudad lo estaban. Según los datos de que disponemos, desde inicios del siglo xx, desfilaban más de una veintena de sociedades, lo que representaba la práctica totalidad del tejido asociativo de la ciudad, con la excepción de las que estaban bajo la esfera de influencia de la Iglesia <sup>61</sup>.

El acto acababa en la plaza del Ayuntamiento, desde donde tenían lugar encendidos parlamentos, habitualmente protagonizados por los concejales republicanos en exclusiva.

En definitiva, la procesión cívica, en tanto que acto principal de la conmemoración, tenía dos características muy remarcables. En primer lugar, que se trataba de una celebración que pretendía la participación de todo el «pueblo», pero convirtiendo su contenido en sinónimo de «pueblo republicano». A diferencia de otras conmemoraciones patrióticas estudiadas en Francia y Alemania, el objetivo de la castellonense no era dibujar un esquema social armónico y clasista bajo el predominio de las clases medias <sup>62</sup>. La participación en la procesión pretendía una representación social horizontal <sup>63</sup> e interclasista con el «pueblo republicano» como *comunidad imaginada* y solidaria.

En segundo lugar, pero necesariamente vinculada a la primera característica, se da el hecho de que el acto era político y susceptible de *politización* si la coyuntura lo requería, y en un sentido remarkablemente republicano.

Podemos ver lo que sucedió en las fiestas de julio de 1910. En esta ocasión el anticlericalismo sirvió como uno de los elementos más eficaces en la articulación del discurso republicano, ya que permitió diseñar un enemigo (más ficticio que real) que podía ser rela-

---

<sup>61</sup> La red asociativa local estaba formada entre 1900 y 1910 por aproximadamente treinta asociaciones, según la información que recogemos de *Heraldo de Castellón* de 4 de enero de 1900 y *Anuario-Guía Mercantil e industrial...* *op. cit.*. Sólo la Iglesia contaba con un red asociativa propia (cofradías, círculos, etc.) o en la que ejercía influencia directa, importante pero que no superaba a la republicana en penetración social ni en número.

<sup>62</sup> Así se desprende del estudio elaborado por TACKE, Ch.: «National Symbols in France and Germany in the Nineteenth Century», en HAUPT, H. G., *et al.*: *Regional and National Identities in Europe in 19th and 20th centuries/Les identités régionales et nationales en Europe aux XIX<sup>e</sup> et XX<sup>e</sup> siècles*, La Haya, Kluwer Law, 1998, pp. 411-436.

<sup>63</sup> Seguimos aquí algunas sugerencias apuntadas por IHL, O.: *op. cit.*) pp. 24 y ss.

cionado con la reacción y un omnipresente peligro absolutista <sup>64</sup>. De esta manera era posible presentarlo como enemigo, *extraño* al verdadero *ser* del Castellón liberal, o sea, republicano. La exaltación del carácter liberal de la ciudad se convertía así en el cimiento que cohesionaba el patriotismo local, con una equiparación entre anticlericalismo y republicanism, y, por tanto, cerrando la ecuación con el republicanism como el verdadero *ser*) la esencia, de Castellón.

El contexto era el de la «ley del candado» que Canalejas quería aprobar. En Castellón, desde 1909, al entendimiento ya antiguo con las fuerzas del canalejismo local se unía una coalición con los restos del liberalismo. La confluencia de intereses con el Gobierno era total, pero además desde 1908 el recurso al anticlericalismo se había convertido en elemento central de un incremento del radicalismo retórico como mecanismo para compensar la cada vez menor entidad como fuerza política antisistema creíble <sup>65</sup>.

A principios de junio los republicanos organizaron un mitin en defensa de Canalejas, y con un contenido de «frailofobia» muy agudo ante el anuncio de que iba a instalarse un convento en la capital. La convocatoria para el acto resume perfectamente la encrucijada ideológica del discurso republicano: «*En cuantas ocasiones se han provocado los sentimientos liberales de esta ciudad se ha hecho saber á los provocadores que Castellón no admite sin protesta esas afrentas. (...) Nuestra ciudad siente hoy) como ayer) los mismos amores al progreso)* cuantos foman el Castellón verdaderamente liberal quieren que entre ellos convivan los que honradamente con su trabajo viven) y nadie de los que formamos en la falange de los que luchan por extirpar la holganza)

---

<sup>64</sup> Conviene no olvidar que existe una estrecha relación entre la acentuación del nacionalismo de raíz liberal-democrática español y el reavivamiento del anticlericalismo desde el cambio de siglo. Véase ÁLVAREZ JUNCO, J.: «Los "Amantes de la Libertad": la cultura republicana española a principios del siglo XX», en TOWSON, N. (ed.): *El Republicanismo en España (1830-1977)*, Madrid, Alianza, 1994, pp. 265-292.

<sup>65</sup> El carácter de oposición al sistema del republicanism castellanense se veía cada vez más limitado, y ello precisamente porque la obsesión por una estrategia política municipalista había conducido a asegurar el control de la capital y del diputado del distrito a cualquier precio. De hecho, en las elecciones de 1910, y en pleno entendimiento con Canalejas, el diputado por la capital fue escogido por medio del artículo 29 y quedó en manos republicanas, lo que se repetiría muy a menudo en el futuro. El partido había iniciado, por lo tanto, una compensación de su tibieza política incrementando su virulencia retórica, y aproximándose en su comportamiento al partido de Alejandro Lerroux.

*esa plaga social) hemos de ver con buenos ojos que ésta siente) contra toda ley) definitivamente sus reales en esta querida ciudad) cuna de aquellos valientes que supieron defenderla en el pasado siglo de las tentativas armadas de la reacción»* 66. Se trata indudablemente de una pieza maestra de la retórica ya que vinculaba el anticlericalismo con el carácter laborioso de los trabajadores castellonenses, el mito del progreso económico de la ciudad y la herencia del Castellón liberal.

A lo largo de los meses de junio y julio *El Clamor* no paró de atizar el anticlericalismo sin límites retóricos. Por eso con la llegada de las fiestas el editorial del diario hablaba de que se estaba viviendo «*una lucha encarnizada entre el pasado y el presente*». Con no poca demagogia el órgano de los republicanos decía: «*No sabemos si se reproducirán las gloriosas jornadas. Si así ocurriera porque la fatalidad nos llevara a ello) no olvide el fanatismo negro lo que fue y lo que es Castellón. Es el pueblo del 7, 8 Y 9 de julio*» 67.

La procesión cívica del día 9 resultó ser, efectivamente, masiva, lo que prueba que este tipo de interpelaciones encontraban eco en Castellón. Con el argumento de que una de las principales instituciones controladas por los sectores católicos (la «Camarilla agrícola», esto es la Cámara Agraria) no había participado, los republicanos manifestaban: «*Nosotros no hemos visto jamás una explosión tan grande del espíritu ciudadano á beneficio de su glorioso pasado) ni hemos presenciado nunca mayor coherencia en el ejercicio del derecho de manzfestación. Parecía aquello la democracia hecha carne paseando por las calles la pureza de sus principios. (...) ¿y los de la camarilla agrícola? Nadie ha de extrañar la abstención de aquellos honorables analfabetos de la patriótica jornada recordatoria del 7, 8 Y 9 de julio del 1837*» 68.

En la práctica, las fiestas de 1910 resultaron ser la más discutidas. Los conservadores denunciaron que en el transcurso de la procesión cívica se habían podido oír gritos jaleando a Ferrer y Guardia y vivas a la dinamita, lo que aprovechaban para desprestigiar el supuesto carácter liberal de la misma (ya que ese año el alcalde y el gobernador civil, liberales, sí habían participado). También en 1909 los conser-

66 *El Clamor* de 4 de junio de 1910.

67 *El Clamor* de 7, 8 Y 9 de julio de 1910, pero ya en 1908 y 1909 el auge del anticlericalismo había dejado huella en la celebración de las fiestas de julio en esta misma dirección.

68 *El Clamor* de 12 de julio de 1910.

vadores habían manifestado que «*habrán de convencerse los republicanos que son ellos los causantes del poco entusiasmo que desde hace bastantes años se observa en la mamfestación cívica que se viene realizando como un homenaje á los vecinos que habitaban Castellón en 1837*) Y que los referidos políticos pretenden darla un tinte rojo que perjudica al acto»<sup>69</sup>.

A 10 largo de los días que siguieron a las celebraciones, los conservadores abrieron una polémica sobre el sentido y la orientación de las mismas. Sus argumentos (aunque no se privaban de dejar caer que opinaban «*prescindiendo del hecho histórico y no entrando á discutir tampoco si éste es el de mayor importancia que la historia de Castelfón registra*») se concentraban en que era necesario dar a la fiesta mayor proyección comercial, y de hecho planteaban abiertamente que la organización correspondiese a los comerciantes. El objetivo era parecerse a la Feria de Julio de Valencia y despolitizarse, al tiempo que se planteaba un programa de actos alternativo en que los actos lúdicos desplazaban los elementos de reivindicación. Al final, además, proponían un cambio de fechas<sup>70</sup>.

En el mismo sentido los integristas de *La Cruz* resumieron la que había sido su postura desde siempre con «*Son un error histórico} un error político y un error religioso (...) es un pecado irremisible el querer hacer de un hecho politico un ariete contra la Religión} convirtiendo estas fiestas y sobre todo la mamfestación en un alarde de impiedad} blasfemando contra todo lo más alto) santo y sagrado*»<sup>71</sup>.

Podemos afirmar, en definitiva, que la lucha simbólica y política alrededor de las fiestas de julio alcanzó en 1910 su momento culminante. La apropiación efectuada por los republicanos del mito del Castellón liberal había expulsado a otras fuerzas políticas que también podían haber utilizado el arsenal simbólico de la tradición liberal. Por esta razón, los sectores conservadores de Castellón, al menos algunos de ellos, se dedicaron a «inventar» a «imaginar» Castellón, la identidad local de una manera distinta.

<sup>69</sup> *La Provincia* de 10 de julio de 1909.

<sup>70</sup> *La Provincia* de 12, 13 Y 14 de julio de 1910. En la polémica terció Castelló Tárrega apoyando una mayor orientación comercial, pero elogiando igualmente a sus aliados republicanos por la organización de la fiesta (*Heraldo de Castellón* de 16 de julio de 1910). Los republicanos cerraron filas y F. Gasset como concejal propuso, y fue aprobado, felicitar a la comisión de fiestas (libro de actas del Ayuntamiento, sesión de 13 de julio de 1910).

<sup>71</sup> *La Cruz* de 9 de julio de 1910.

De manera simétrica, desde el conservadurismo estricto, el catolicismo político o el integrismo, se construyó una interpretación alternativa, pero basada igualmente en una determinada idea del patriotismo local. Era una visión construida sobre la imagen del Castellón agrario y tradicional, con un calendario de fiestas propio basado en la patrona local, la *Mare de Déu det Ltedó*) y que contó con la cobertura intelectual de ciertos sectores del valencianismo conservador castellanense <sup>72</sup>.

### **Conclusiones: la función nacionalizadora del republicanismo castellanense**

La disputa en torno a las construcciones simbólicas del patriotismo local y por tanto a la posibilidad de hegemonizar la fabricación de la identidad local no deben ser vistas, sin embargo, como prueba de su fracaso. De entrada, porque la propuesta republicana sí logró convertirse en exitosa entre la mayoría de la población, que pasó a interiorizarla como propia. Y de la mano de esta identidad local, su contenido de construcción, desde el espacio local, de la identidad nacional española. Contrariamente a la visión que acostumbra a presentarse, la discusión en torno a los símbolos y los modelos identitarios, no es una peculiaridad española, ni prueba de ningún fracaso <sup>73</sup>. La existencia de «dos Españas» no prueba el fracaso de la nacionalización, sino la intensidad de la lucha en torno a un tema tan decisivo. De hecho, lo más habitual es precisamente que en la construcción de las identidades nacionales la característica principal sea la lucha de proyectos y maneras de imaginar la «comunidad» <sup>74</sup>.

---

<sup>72</sup> Véase MESSEGUER, Ll.: «Introducció», en PASCUAL TIRADO, J.: *Tombatossals*, en Eliseu CUMENT (ed.), Valencia, 1988, pp. 9-80. Sobre la pugna entre los intelectuales republicanos y los conservadores, la mayoría de ellos historiadores, VICIA. NO. P.: *op. cit.*, pp. 39-64.

<sup>73</sup> Véase como un ejemplo desde el ámbito local de esta discusión simbólica en la construcción de la identidad nacional, WALDSTREICHER, D.: *op. cit.*

<sup>74</sup> En realidad, el modelo de la comunidad imaginada basado en la obra de B. Anderson ha tendido a ocultar el hecho de que el establecimiento de un modelo estable y acabado de identidad nacional es el objetivo de todo proyecto nacionalista. Sin embargo, es la pugna entre concepciones y la pluralidad de identidades lo que caracteriza realmente la construcción de la comunidad. Me he ocupado de ello en ARCHILÉS, F.: «¿Quién necesita la nación débil? ..», *op. cit.*

Por ejemplo, también había «dos Francias» sin que nadie parezca escandalizarse, y no es verdad en absoluto que no hubiese disputa sobre los valores republicanos en la aceptación de la identidad nacional<sup>75</sup>. Una lectura muy sesgada de la obra de E. Weber ha hecho afirmar exactamente lo opuesto de lo que este autor ha logrado probar, ya que su investigación demuestra hasta qué punto la identidad nacional francesa no logró enraizarse hasta, al menos, la primera guerra mundial<sup>76</sup>.

Lo que los republicanos castellanenses discutían con sus enemigos era la manera de *imaginar* la identidad local tanto como su proyecto de Estado, su modelo político. Pero, ni unos ni otros discutían en ningún caso de *qué* nación se hablaba, en este sentido la aceptación de la identidad nacional española era absoluta. Deducir de la pluralidad de culturas políticas y con ella de los modelos de Estado, o de la discusión en torno a los símbolos comunes, la ausencia de nacionalismos o el fracaso del proceso nacionalizador es del todo abusivo<sup>77</sup>. Por otra parte, referirse, como es costumbre, al «patriotismo» y a la presencia de la tradición democrático-liberal a lo largo de todo el siglo XIX e incluso en la crisis de fin de siglo, y su herencia en el republicanismo y negarle el evidente contenido nacionalista es del todo contradictorio.

La aportación de los republicanos castellanenses, por lo tanto, fue la de promover exitosamente la nacionalización española a través de la construcción de un modelo político basado en el patriotismo local, y que se fundamentaba tanto en la adopción de un repertorio simbólico como en la socialización y la movilización social intensa.

---

<sup>75</sup> Véase WINOCK, M.: *La France Politique, XIXe-XXe siècle*, París, Seuil, 1999; LEBOVIC, H.: *True France. The Wars over cultural identity 1900-1945*, Ithaca-Londres, Cornell University Press, 1992.

<sup>76</sup> Cfr. WEBER, E.: *Peasants into Irenchmen. The Modernization of Rural France, 1870-1914*, Standford, Stanford University Press, 1996.

<sup>77</sup> Contrariamente a lo que sugirió SERRANO, C.: *El nacimiento de Carmen*, op. cit., pp. 77-130, la discusión de la bandera o la monarquía, por ejemplo, por parte de los republicanos, no apunta en la dirección de una falta de nacionalización. Como ha argumentado Alon Confino, la construcción de un imaginario nacional para el pasado parte de diversas memorias en pugna, y la disputa entre culturas políticas no debe hacernos olvidar que a pesar de ello se construye un sentido de comunidad nacional. Cabe señalar, además, que Confino ha argumentado explícitamente que esto es lo que sucedía en Francia. Cfr. CONFINO, A.: «Collective Memory and Cultural History: Problems of Method», *American Historical Review*, 102, 5, diciembre de 1997, pp. 1386-1403 (especialmente 1399-1400).

El ejemplo castellanense no nos permite compartir la afirmación de José Álvarez Junco sobre el fin de siglo y el papel jugado por el republicanismo en el fracaso de una efectiva nacionalización. Para este autor, los acontecimientos de 1898 provocaron una explosión, a derecha e izquierda del nacionalismo español. Pero sus destinatarios habrían sido tan sólo las clases urbanas educadas, únicos estratos sobre los que el proceso de nacionalización habría surtido efecto. La «*retórica patriótica*» de estos intelectuales, que habrían cumplido por tanto correctamente su «*misión*») no habría ido seguida, sin embargo, por una acción nacionalizadora eficaz promovida por el Estado <sup>78</sup>. Sin embargo, el ejemplo castellanense, junto a otros tan importantes como el de Madrid, Barcelona o Valencia, demuestra que la presencia republicana, participante del estallido de nacionalismo español, era muy intensa. Estos partidos encuadraban en sus filas a buena parte de las clases populares y sectores de clases medias, y no eran en absoluto un asunto de élites exclusivamente <sup>79</sup>. En general, la difusión del patriotismo popular era un hecho, y el conflicto bélico no hizo sino sacarlo ruidosamente a la luz. Más allá de los mecanismos formalizados de nacionalización (esto es, los promovidos por el Estado) el republicanismo cumplió una intensa labor socializadora y, con ella, de producción y reproducción de la identidad nacional, en 1898 como después.

Cabría preguntarse, para concluir, qué espacio podía quedar en esta construcción del patriotismo local como fundamento del nacionalismo español, para la adopción de posturas regionalistas o valencianistas. Éste era un espacio político que desde principios del siglo xx iba ocupando un lugar creciente en el escenario valenciano. Pero caben pocas dudas de cuál podía ser la postura adoptada por los republicanos castellanenses. Aunque formalmente estos procedían de la tradición del federalismo pimargallaniano, en la práctica pesaba

---

<sup>78</sup> La interpretación del 98 en estos términos procede de ÁLVAREZ JUNCO, J.: «La nación en duda», *op. cit.*; el argumento de la misión cumplida por los intelectuales procede del mismo autor en *Mater Dolorosa...*, *op. cit.*, pp. 271 Yss.

<sup>79</sup> Sería necesario, además, analizar para el período de la Restauración, y tratando de ir más allá del predicado internacionalismo de su discurso, la función socializadora y nacionalizadora que los diversos partidos y sindicatos obreros pudieron jugar. Un interesante ejemplo para el caso inglés es el de WARD, P.: *Red flag and Union Jack: Englishness, patriotism and the British Left, 1881-1924*, Rochester, NY, Boydell Press, 1998.

mucho más en ellos la influencia del krauso-institucionismo, y del lerroouxismo<sup>80</sup>. El regionalismo sería visto indefectiblemente como una corriente reaccionaria y atávica, y en todos los intentos que se darían en los años siguientes por conseguir la Mancomunidad, los castellanenses se posicionarían en contra. Tampoco mostraron ninguna voluntad de defensa de los planteamientos culturales del valencianismo, significativamente la protección de la lengua. En realidad, la aparición del valencianismo político entre 1902 y 1907 corrió en paralelo con la eclosión del catalanismo político, lo que hizo que los republicanos de la capital de la Plana desarrollaran una intensa y creciente retórica anticatalanista<sup>81</sup>. Ésta, junto con el anticlericalismo, pasaría a ser una de sus características más destacables y le permitiría mantener la apariencia «radical» del partido cuando éste hacía tiempo que estaba integrado en buena medida en el sistema restauracionista<sup>82</sup>.

En resumen, sobre la base de la ficción fundacional del mito del Castellón liberal, la reapropiación republicana del mismo puso en práctica un modelo de patriotismo local (que reforzaba un sentido comunitarista del «pueblo») que funcionaba en una doble dirección. Por una parte sirvió como cimiento para justificar una estrategia política municipalista. Por otra, sirvió como fundamento del nacionalismo español, permitiendo el paso desde el espacio local al ámbito de adhesión identitaria nacional/estatal. En el camino quedaba tiempo para el anticatalanismo y ningún resquicio para posturas de valencianismo ni político ni cultural.

En este trabajo hemos intentado mostrar la eficaz tarea que los aspectos simbólicos y rituales (y las prácticas de socialización aso-

---

<sup>80</sup> Fernando Gasset se doctoró en derecho con una tesis que muestra la influencia directa del krausismo, titulada *El Concepto de Nación* (publicada en Castellón en 1882).

<sup>81</sup> Una visión general de este impacto en DUARTE, A.: «Republicanos y nacionalismo. El impacto del catalanismo en la cultura política republicana», *Historia Contemporánea*, núm. 10, 1993, pp. 157-177.

<sup>82</sup> El anticatalanismo de los republicanos castellanenses era muy similar al mostrado por los lerroouxistas. Se basaba más en una contraposición política que en la defensa de una identidad específica valenciana, como sucedería con el anticatalanismo posterior. Para el caso lerroouxista, MARFANY, J. L.: «Catalanistes i lerroouxistes», *Recerques*, núm. 29, 1994, pp. 41-60. He desarrollado el análisis de la retórica anticatalanista, así como las relaciones con el valencianismo y el modelo de nacionalismo español defendido por los republicanos castellanenses, en el capítulo tercero de *Parlar en nom...*, *op. cit.*

ciadas) jugaron en la cultura política republicana para la difusión de la identidad nacional española. Creemos que ello debe oponerse, en primer lugar, a la extendida imagen de que la ausencia de celebraciones comunes o de símbolos indiscutidos en el conjunto español debe ser entendida como prueba de la debilidad de los mecanismos de nacionalización. En segundo lugar, a que, aun aceptando la presencia de ciertas celebraciones en el ámbito local, ello no sería sino una nueva muestra de falta de referentes comunes efectivos<sup>83</sup>. Frente a ello, el ejemplo castellonense nos muestra la eficaz acción de mecanismos no formalizados (no dependientes de la acción del Estado) en la construcción de las identidades colectivas. Por otra parte, el carácter local de los mecanismos simbólicos, lejos de ser una anomalía muestra una vía de nacionalización efectiva, adecuada a las experiencias de buena parte de la población en los siglos XIX y XX. Una experiencia local, además, compatible con las nuevas formas de la política de masas y con el marco de la comunidad imaginada nacional. Sin duda, con todos los problemas que la construcción de estas identidades conllevaban, con las pugnas y contestaciones que en la realidad, y no en el modelo homogéneo y estable pretendido de comunidad, tenían lugar. Pero tampoco con más problemas de los que se daban en el resto de casos.

A principios del siglo XX la identidad nacional española estaba sólidamente establecida en la capital de la Plana. Para los republicanos de la ciudad, ser castellanenses era su manera de llamarse españoles.

---

<sup>83</sup> No comparto la opinión que parece subyacer en el, por otra parte, magnífico trabajo de S. Michonneau sobre los mitos y símbolos en Barcelona. Para este autor parece que la «traducción» a lo local de mitos y símbolos es alguna peculiaridad estrictamente española y prueba de ciertas debilidades (incluso si Barcelona y Catalunya son una excepción al modelo de desarrollo español). En todo caso, y como el propio autor afirma, los símbolos de la ciudad de Barcelona, aunque fueran específicos, no hicieron sino construir una identidad política catalana y española común. Cfr. MrcHoNNEAU, S.: *Barcelona: memoria i identitat. Monuments, commemoracions imites*, Vic, Eumo, 2002.